



Antología de Cuentos



Créditos

Cuento	Autora	Ilustraciones de
Cerdito Blas	Floria Jiménez Díaz.	Andrés Salazar Fonseca.
El Mono Pelusilla	Marilyn Echeverría de Sauter (seudónimo Lara Ríos).	Andrés Salazar Fonseca.
Las Travesuras del Viento	Ani Brenes Herrera.	María Fernanda Calvo León y Minor Loaiza Vargas.
La Tortuga Descontenta	Gloria Macaya de Lehmann.	Sergio Calvo Carmona y Minor Loaiza Vargas.
Los primeros saltos de Bombón	Ani Brenes Herrera.	Andrés Salazar Fonseca.
Pablo y la Bicicleta	Liana Fornier De Serres.	Verny Arguello Vargas.
El dragón Tato	Marilyn Echeverría de Sauter (seudónimo Lara Ríos).	Ramses Rojas León.
Balabusito, el pequeño gigante	Floria Jiménez Díaz.	Minor Loaiza Vargas.
Ernesto encuentra un amigo	Floria Jiménez Díaz.	Minor Loaiza Vargas.
Una Mascota para Inés	Marilyn Echeverría de Sauter (seudónimo Lara Ríos).	Andrés Salazar Fonseca.
Anaclea, la bicicleta chueca	Irene Castro Meléndez.	Minor Loaiza Vargas.
Lupita, la lagartija	Irene Castro Meléndez.	Verny Arguello Vargas.
Cari Caricaco	Gloria Macaya de Lehmann.	Gloria Macaya de Lehmann.
Una visita al Estadio Nacional	Marilyn Echeverría de Sauter (seudónimo Lara Ríos).	Andrés Salazar Fonseca.
El Ogro egoísta	Gloria Macaya de Lehmann.	Gloria Macaya de Lehmann.
Trapitos	Irene Castro Meléndez.	Andrés Salazar Fonseca
La bolsita de papel y el tarro de jugo	Irene Castro Meléndez.	Angelo Rojas León y Minor Loaiza Vargas.



Cerdito Blas

Cerdito Blas acaba de darse un baño de lodo en su piscina. ¡Uácala! ¿En el lodo? ¿Qué te extraña? A todos los cerditos les encanta bañarse en el lodo.

- ¡Es hora de merendar!, dice Cerdito Blas, mientras se sirve un delicioso banano maduro y amarillo. ¡Cómo le gustan a Cerdito Blas los bananos maduros!

- Habrá que quitarle la cáscara y, ¡a saborear esta delicia!- dice el cerdito, que se lo come en dos bocados porque es muy goloso. ¡Por poco se atraganta!

¡No, Cerdito! ¡No! No debes tirar la cáscara de banano por la ventana; pero Cerdito no hace caso y ¡tas, tas!, ¡afuera!

Mírala muy bien. Ahí viene Coneja Lulú, su vecina. ¡Cuidado, Coneja! ¡Fíjate por donde caminás! ¡Cuidadooooo! Coneja no se fija y, ¡chupulum!, se da un resbalón en la cáscara y, ¡al suelo!

- ¡Ay, mi colita!, dice la coneja, que cae, sentada.

Por supuesto, se pone enojadísima.

- ¿Quién lanzó la cáscara de banano en el suelo?, pregunta.

Pero Cerdito al escucharla tan enojada, se asusta y se esconde, detrás de la arboleda.

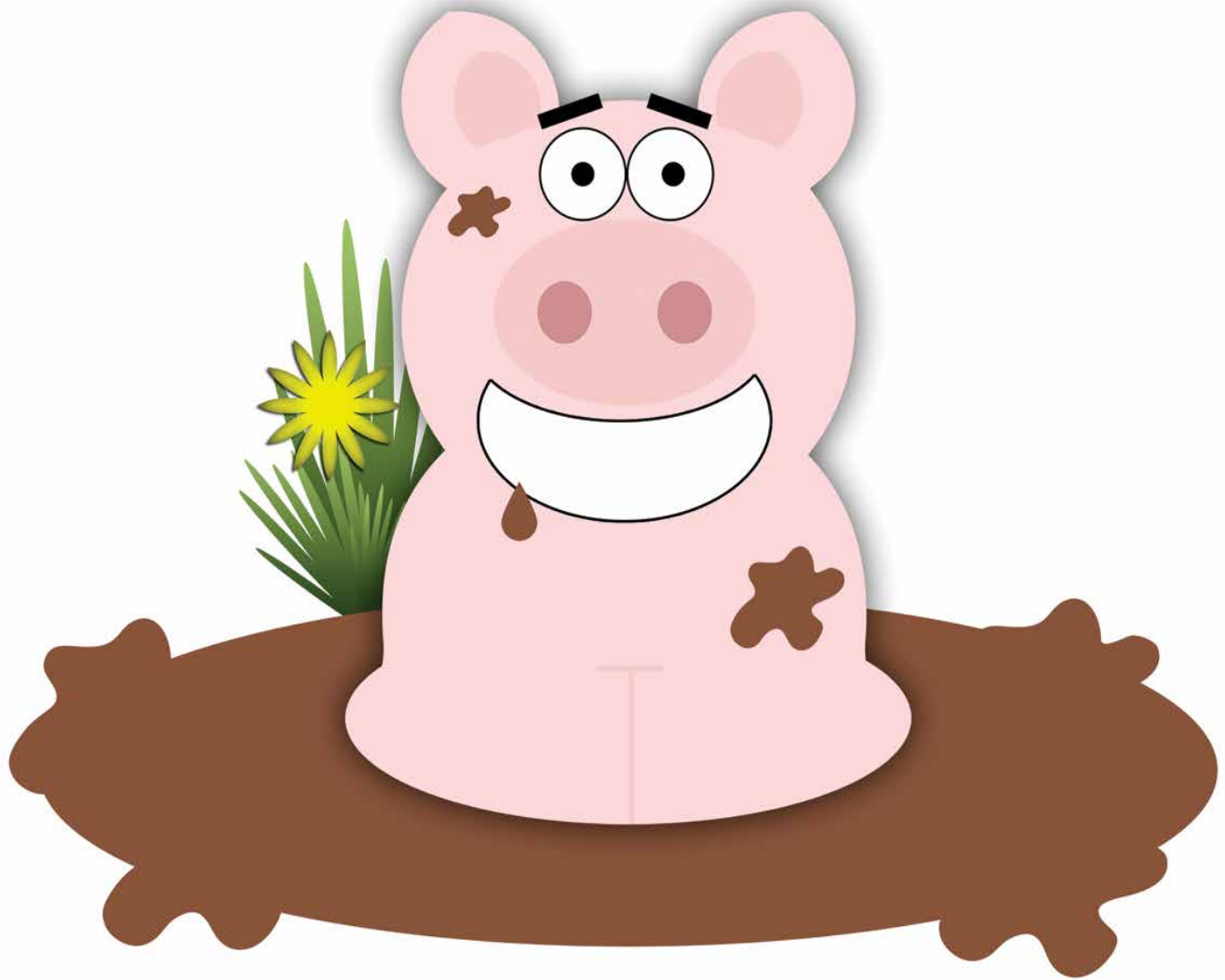
Míralo muy bien. Allá arriba del árbol está Perico Picoreto, que mira a Cerdito que tiembla del susto y lo regaña:

- Eso no se hace. ¿Por qué tiraste la cáscara de banano por la ventana? Coneja Lulú se ha resbalado y le duele su colita. ¡La basura al basurero!

Cerdito Blas está muy arrepentido. Recoge la cáscara y la bota en donde debe botarla, ¡en el basurero! Después, ayuda a su vecina a levantarse. ¡Cómo le duele su colita a la coneja!

- Perdón, nunca más lo vuelvo a hacer, le dice el cerdito.

¿Los ves? Ahí están Cerdito Blas, Coneja Lulú y Perico Picoreto, dándose una gran comilona de pastel de banano porque hoy es día de fiesta. ¿Por qué? Porque los tres se hicieron muy buenos amigos. Y, ¿las cáscaras de banano con que hicieron el pastel? ¿En dónde más? ¡En la basura!



El mono Pelusilla

El mono Pelusilla tenía que cuidar a sus dos hermanas, mientras su mamá iba a una plantación cercana a traer bananos. Las dos hermanitas se llamaban: la monita Cachirula y la monita Corcholata. Pelusilla tenía que velar para que fueran cuidadosas al pasar de un árbol a otro, que no se hicieran cosquillas mientras jugaban en las alturas y que no molestaran al oso perezoso que dormía allá arriba entre las ramas del árbol grande. Pero las monitas eran traviesas y saltando de aquí para allá, se reían de Pelusilla y le hacían muecas al oso perezoso, que ni se daba cuenta de lo que pasaba porque era un gran dormilón.

- Cachirula, decía su hermana, vamos a columpiarnos en las ramas altas de aquel árbol de flores rojas y vieras que desde arriba se ve una vista lindísima, más allá de las montañas.

- Sí, contestó Corcholata, se puede ver el mar azul.

- ¡Vamos, vamos!, gritaron las dos monitas.

- Ni se les ocurra subir tan alto, las regañó Pelusilla. Las ramas de arriba están tiernas y se pueden quebrar fácilmente. Además, ahorita viene mamá y nos va a regañar a los tres si las ve allí subidas en el cucurucho del árbol.

- No seas miedoso Pelusilla, que nada nos va a pasar.

Y desobedeciendo a su hermano mayor, se fueron brincando de rama en rama, hasta llegar a la copa del árbol de flores rojas. Se reían a carcajadas y se mecían agarradas del rabo.

Pelusilla estaba preocupado con sus desobedientes hermanas. Ahorita vendría su mamá y seguro lo regañaría por no cuidar bien a las dos monitas. ¡Pero es que las dos eran terriblemente traviesas!

De pronto se oyó un ruido de fuertes pisadas entre la hojarasca. Un animal grande estaba bajo el árbol. Pelusilla se asomó desde arriba y vio nada más y nada menos que al tigre, que casi muerto de hambre, rondaba aquel lugar para ver si conseguía algo de comer. Había visto a las dos monitas y se le había hecho agua la boca. El podía subirse a los árboles con ramas grandes y fuertes, pero no podía llegar hasta donde estaban las dos hermanitas. Lamiéndose los bigotes con la lengua, decidió esperar a que bajaran Cachirula y Corcholata.

Mientras tanto Pelusilla, veía al tigre con un ojo y a sus hermanas con el otro y cada vez se ponía más nervioso. ¿Qué hacer para protegerlas? Entonces subió rápidamente a la copa del árbol con flores rojas, para advertirles que tuvieran cuidado y que por nada del mundo debían bajar al suelo, pues el tigre estaba dispuesto a comérselas. Pero las traviesas monitas no hicieron caso y siguieron riéndose y meciéndose como locas.

De pronto sonó un ¡crash! y la rama donde estaban las dos se partió. Corcholata se pudo sujetar con su rabo a otra rama, pero Cachirula se vino de cabeza dando tumbos entre las hojas verdes y brillantes.

- "¡Ay, ay, me caigo!, chilló desesperada. ¡Ayúdenme!"

Pero por más esfuerzos que hizo para agarrarse de donde fuera, se fue directo al suelo.

-“¡Ay, mi cabecita!”, lloraba la monita desobediente y de pronto se dio cuenta que el tigre venía hacia ella despacito. Entonces se le paralizó el corazón. ¡Qué miedo tenía!

En ese momento Pelusilla no pudo esperar más y de un salto le cayó encima al tigre. Éste, desesperado al sentir que el mono estaba en su espalda, comenzó a correr para quitárselo de encima, pero Pelusilla se agarraba fuertemente a su cuello y no lo dejaba en paz.

-“Tengo que deshacerme de este mono atrevido”, pensó el tigre y frenó su loca carrera. En ese instante comenzó a caerle una lluvia de bananos que le daban en la cabeza y en el cuerpo sin parar. Pelusilla saltó al suelo y vio como su mamá lanzaba uno a uno los bananos que traía. Entonces se subió a un árbol donde estaban las dos hermanitas temblorosas del miedo y vio cómo el tigre se iba furioso mientras hablaba e insultaba a todos los monos y monas del mundo.

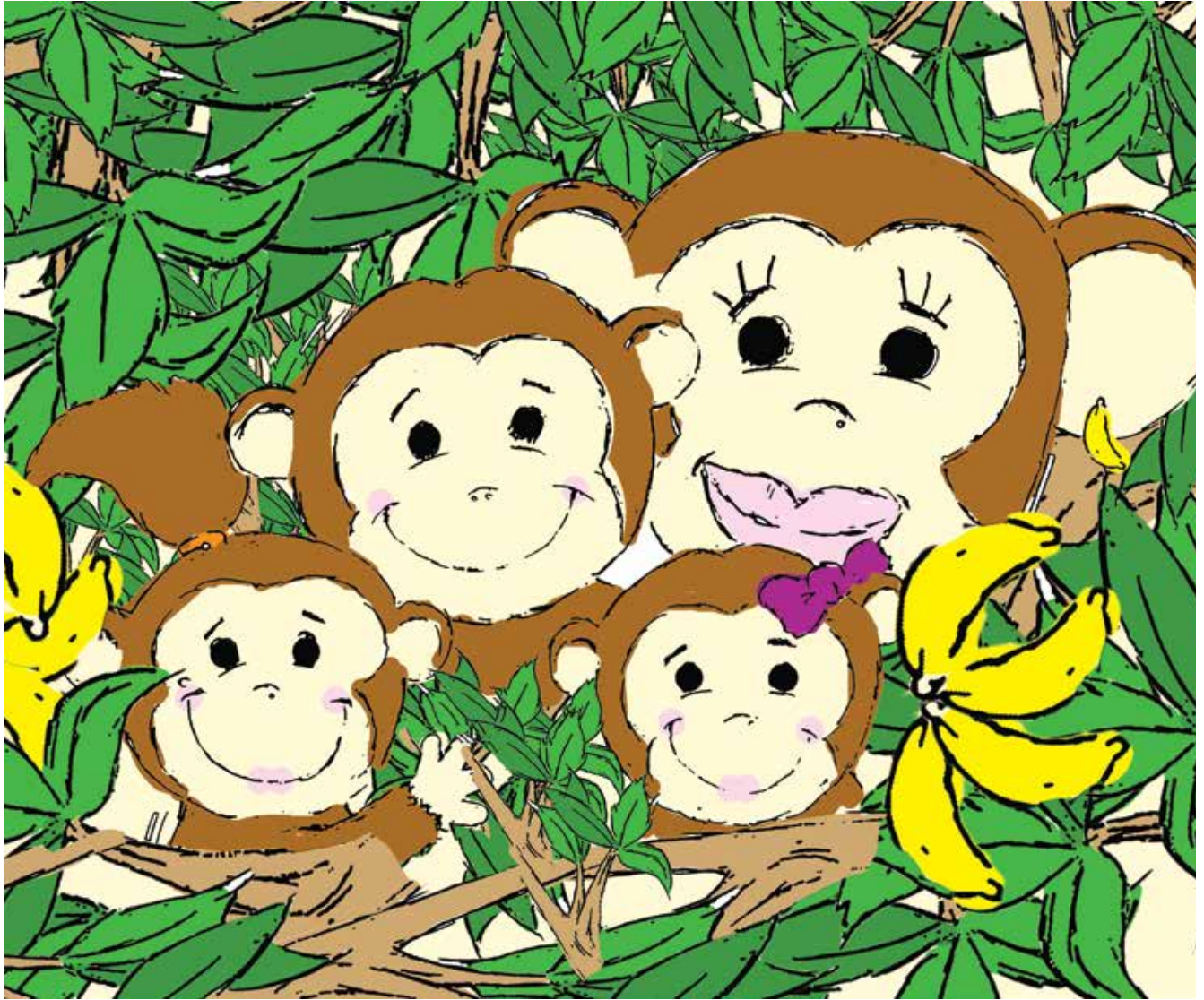
- Muy bien, Pelusilla, dijo su mamá. Vi todo lo que pasó y te felicito hijo mío, por ser tan valiente y cuidar a tus hermanas.

- ¡Gracias!, ¡gracias!, le gritaron Cachirula y Corcholata.

Pelusilla se sintió muy orgulloso por las palabras de su mamá.

Sólo el oso perezoso, por dormilón, no se enteró de la aventura de los monitos.





Las travesuras del viento

Últimamente, el viento estaba dando muchos problemas. Sobre todo porque le encantaba molestar a los pajaritos. Se iba despacio, despacio, hasta llegar cerca de los nidos y soplabla para volcarlos. O si no, los hacía perder el equilibrio cuando volaba, Casi todos los días se escuchaban las quejas de las aves por sus acciones.

Otras veces, el viento ni siquiera se levantaba. Y hacía un calor insoportable, pero los animales del campo preferían aguantarlo, antes de ser visitados por aquel travieso.

Con su largo batón y su gran melena, el viento parecía gozar con sus acciones. Pero en realidad no era así: lo que sucedía era que él no estaba muy seguro de cuál era su trabajo y por eso, se entretenía molestando a los demás.

Cierta vez, unos leñadores cortaron parte del bosque y dejaron las ramas atravesadas en el camino, por varios días. El viento, que iba muy distraído persiguiendo a unos comemaíces que encontró a su paso, no se había percatado del hecho y de pronto, sintió cómo su pelo se enredaba entre las ramas, dejándolo prisionero. Cada vez que trataba de zafarse, se atoraba más, hasta quedar atrapado.

- ¡Que alguien me ayude, por favor!, gritaba desesperado.

- ¡Déjenme salir de aquí, quiero ser libre!

A sus gritos, se fueron acercando los pájaros de la vecindad, con cierta desconfianza.

- Mucho cuidado, dijo un yiguirro. Recuerden que al viento le encanta jugarnos bromas.

- Es cierto, respondió una viudita. Yo mejor no le hago caso. Bastantes cosas desagradables he pasado por su culpa.

Y uno a uno, los pájaros se alejaban, dejándolo solo.

Un pequeño comemaíz intentó alejarse, pero se devolvió. Volando alrededor de las ramas, sintió mucha pena por él.

El viento gimió de nuevo:

- Por favor, ayúdame. No puedo soltarme.

- ¿Por qué me pides ayuda, después de todo lo que me has hecho? ¿Ya no te acuerdas de las veces que me botaste del nido mientras dormía?- preguntó el comemaíz.

- Lo siento de veras. Yo solo quería jugar. Nunca he sabido hacer otra cosa, nadie me ha enseñado.

El pájaro se posó en una rama bajita y desde allí le dijo:

- Fuiste creado para acciones hermosas, por ejemplo, refrescar cuando hace calor, secar la ropa que

tienden las personas en sus patios, esparcir las semillas, polinizar las flores; hasta podrías ayudar a nuestros pichones a volar si te lo propones. Con eso tendrías bastante trabajo y todos te estarían agradecidos.

El viento, convencido, respondió:

- Gracias por tus palabras. En realidad no había entendido cuál era mi trabajo, por eso gastaba mi tiempo molestando. Pero no era feliz, porque todos se escondían de mi y no me querían. Ahora sé que sí puedo hacer cosas importantes.

Otras aves que escuchaban en lo más alto, comenzaron a bajar y, junto al comemaíz, fueron soltando con su pico las ramas que enredaban los cabellos del viento, hasta dejarlo totalmente libre. Este, muy agradecido y un poco avergonzado, apenas hablaba para no causar problema. Despacio se retiró a su cueva y desde entonces, estuvo presente cada día cumpliendo su trabajo de la mejor manera. Ayudó a las personas, a las aves y a las flores. Y fue muy feliz al aprender el verdadero significado del trabajo y la amistad.



La tortuga descontenta



Ale, la tortuga de caparazón café, camina lenta y perezosa por el peso que lleva sobre su espalda.

Se miró al espejo y pensó que quería cambiar, ser tortuga le era aburrido, pasaba desapercibida entre los animales de la selva. Estaba descontenta de ser tortuga.

Fue al campo y vio como los pájaros volaban por el cielo y dijo:

- ¡Seré pájaro! Y con mucho esfuerzo subió a lo alto de la colina y se dejó caer al vacío. Pero como era tan pesada y por más que aleteó con sus torpes patas... ¡ZAS! Cayó y rebotó como bola sobre el suelo. Con tan buena suerte, metió la cabeza dentro de su caparazón y no se golpeó.

No habiendo aprendido la lección fue al bosque y vio como los monos brincaban de bejuco en bejuco y dijo:

- ¡Seré mono! Y con mucha paciencia subió hasta lo alto del árbol y brincó. Pero como era tan pesada y por más que alargó sus patas no alcanzó el bejuco... ¡ZAS! Cayó de cabeza con tan buena suerte, una rama la sostuvo.

No habiendo aprendido la lección fue al lago y vio como las ranas brincaban y nadaban tirándose al agua y dijo:

- ¡Seré rana! Y de un salto se tiró al lago. Pero como era tan pesada y por más que trató de nadar... ¡ZAS! Se fue al fondo y por poco se ahoga.

No habiendo aprendido la lección, fue al campo y vio como corrían rápido los conejos y dijo:

- ¡Seré conejo! Y acordó una carrera con el conejo. Pero como era tan pesada y por más que sus patas se movieron... No avanzó lo suficiente y perdió la carrera.

Estaba Ale muy triste porque trató de cambiar sin éxito. No quería ser lo que era, una simple tortuga de caparazón café.

Se sentó a la orilla del camino a meditar.

De repente comenzó a llover, era un huracán con fuertes vientos. La tortuga se metió en su caparazón. Pero como era tan pesada el viento ni la movió. Ale esperó que la lluvia pasara quedita y calentita dentro de su casa, mientras que el resto de los animales de la selva volaban por los aires.

Habiendo aprendido la lección, dijo:

- ¡La verdad que prefiero ser tortuga!



Los primeros saltos de Bombón

Cada mañana, mamá coneja sacaba a pasear a sus cuatro pequeños para que aprendieran a saltar y buscar su alimento solitos. Pero siempre había uno que se quedaba atrás. Era Bombón, el más chico, con las patas más cortas y el rabito despeinado.

- Vamos, vamos, mis conejitos, decía mamá para darles confianza.

- Paren sus orejas, estiren las patas vamos a jugar a los saltos mágicos.

¡Arriba! ¡Abajo!

¿Quién brinca más alto?

Tres de ellos atendían las instrucciones muy contentos. Brincaban y corrían por el campo con sus orejas bien paradas tratando de seguir a mamá en su rutina de aprendizaje.

Bombón muy triste los miraba, pero no los seguía. Pensaba que por ser distinto a sus hermanitos no iba a lograrlo. Se fue quedando atrás para que los otros animales vecinos no vieran lo bajito que brincaba ni lo despeinado de su rabito.

Mamá seguía dando instrucciones:

- ¡Arriba! ¡Abajo! Lo hacen muy bien ayuden a su hermano para que lo haga también.

Los tres conejitos se devolvieron y rodearon a su hermano. Mientras uno le peinaba el rabito, otro le levantaba las orejas. El tercero con una gran sonrisa le dijo:

Arriba Bombón

vamos a saltar si lo hacemos juntos lo puedes lograr.

El pequeño conejo se puso muy contento. Creía que los demás se habían olvidado de él. Fue perdiendo la vergüenza y junto a sus hermanos comenzó a dar saltitos pequeños. Y descubrió que sí podía hacerlo. Poco a poco fue tomando más confianza y pasó una mañana muy divertida junto a los demás. Cuando mamá coneja los llamó a comer una deliciosa ensalada de lechuga con zanahoria, tuvieron que esperar a Bombón que no quería dejar de saltar mientras decía:

Miren como salto

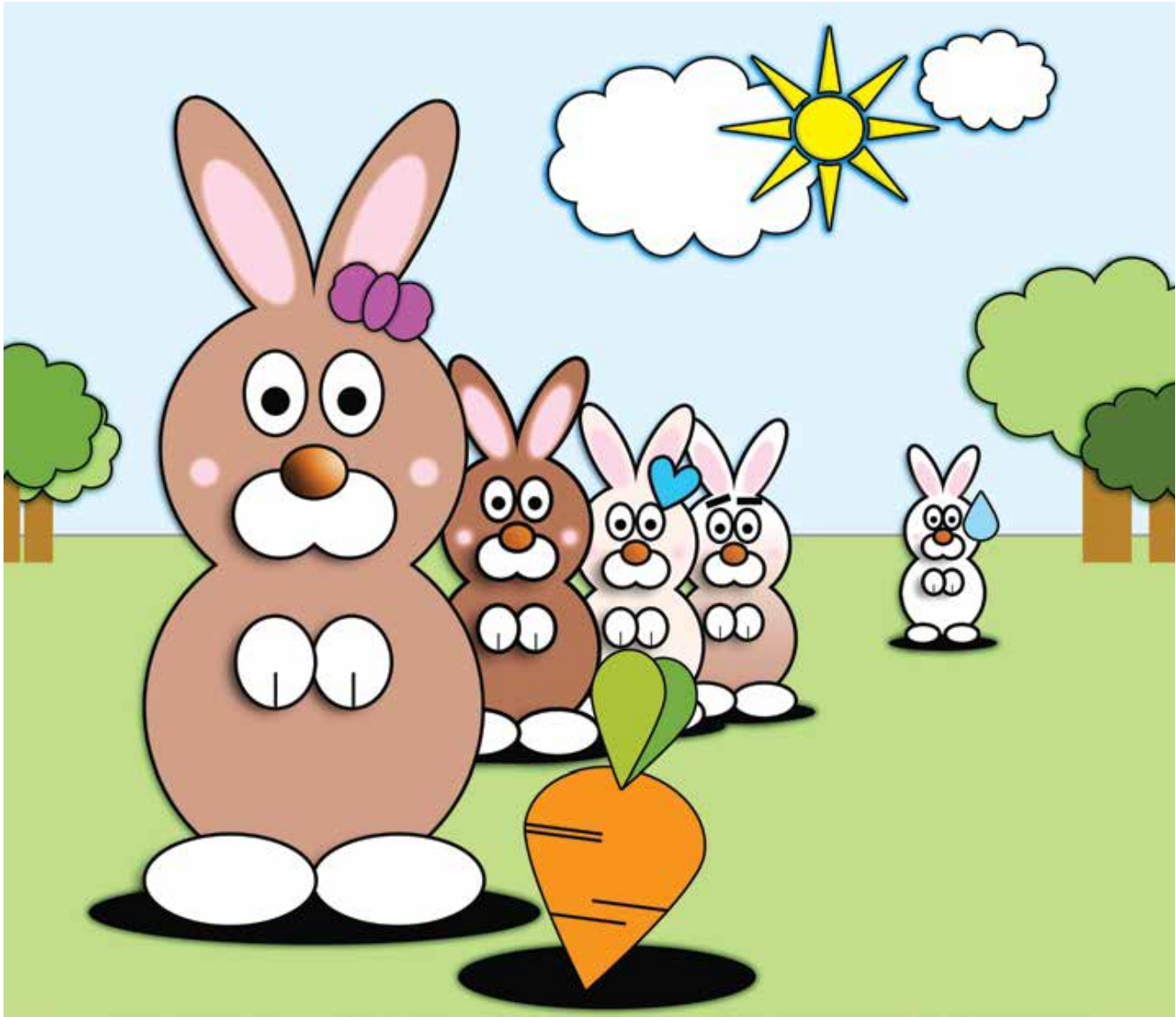
Arriba y abajo

Orejas arriba

Rabito parado

Ya no tengo miedo

Ni estoy enojado.



Pablo y la bicicleta

- Pero papá, ¿porqué no me puedes comprar boletos en el Club para la rifa de la bicicleta en Navidad?

- Pablo, faltan ocho meses para que se realice la rifa y además no la necesitas. Ya te dije que te compraré la bicicleta cuando cumplas diez años.

- ¡Pero me faltan dos papá, tengo ocho!

En aquél momento, Rubén, su hermano mayor, le hizo un guiño y una seña para que lo siguiera a su cuarto.

- Qué quieres?, preguntó Pablo.

- Tengo una buena idea para que puedas comprar tus boletos.

Rubén siempre fue protector de su hermano menor, lo defendía en la escuela, si era necesario, y le explicaba ciertos asuntos de los cuales su padre no hablaba. Por este motivo Pablo siempre lo escuchaba

- Me dí cuenta, comenzó Rubén, que Doña Carmen, la vecina de enfrente, compró hace un tiempo una gallina ponedora y también un gallo. Se han reproducido y ahora tiene doce; las conté el otro día. También la oí hablar con su nuera y le decía que no sabía ya qué hacer con los huevos; tenía demasiados. Pienso que tú puedes hacer un arreglo con ella para venderle los huevos sobrantes y así tendrías dinero para adquirir los boletos.

Por la noche, Pablo soñó que tenía un huevo y otro y otro hasta que los muebles de la casa desaparecían bajo una montaña de ellos.

¡¡KIKIRIKÍ!! Se despertó asustado mientras oía el canto del gallo de Doña Carmen. Se asomó a la ventana. "Sí, después del colegio iré a visitarla".

La señora abrió la puerta de entrada. No sabemos qué le dijo Pablo, pero hablaron largo rato y el niño regresó a su casa con una caja grande que depositó en el cobertizo del fondo de la casa.

- ¡Rubén, Rubén, mira!

- ¡¡Pablo, te dije que trajeras huevos pero no una gallina y un gallo!!

- Doña Carmen no quiso el arreglo de los huevos y me sugirió que lo hiciera por mí mismo, eso es, comenzando como ella, entonces me prestó la pareja con la condición de devolvérsela cuando yo comience a vender.

Rubén se llevó las manos a la cabeza y le dijo que eso cambiaba la idea, pero... continuó

- Es un buen plan, porque tendrás más ganancia si eres dueño de tu pequeño negocio.

- Pero no sé cuidar gallinas, dijo el pequeño.
- No te preocupes, se lo preguntaremos a mamá.

Se reunieron en la cocina y la madre tuvo una sonrisa de satisfacción. Después se dirigieron al cobertizo y ella le dijo que en el fondo había una malla de alambre que no se usaba. Entre los tres hicieron un cuadrado con la cerca. Los hermanos trabajaban haciendo chistes y bromas y sus carcajadas le llegaban a la madre como una bandada de pájaros en estampida. Pasó el tiempo y Pablo recogía todas las sobras de la cocina para alimentar a las aves. La mamá colaboraba también en proveerlo de alimentos para gallinas ponedoras, eso sí, le dijo que cuando estuviera listo, le tendría que pagar con algunos huevos. La emoción de los hermanos cuando nacieron los primeros pollos fue enorme. Pronto hubo muchas gallinas que ponían huevos que Pablo iba juntando en una cesta.

Salió un sábado por su barrio ofreciéndolos

- “No, ya compré”.
- “No, gracias, yo los compro rosados”.
- “No, gracias, sólo como los de perdiz”.
- “No, éstos son muy grandes”.
- “No, gracias...”

Los no con las sonrisas que los acompañaban lo envolvieron como un día nublado. Recordó entonces una palabra que sus papás usaban mucho últimamente: ecológico. No sabía bien qué quería decir pero sí entendía que era algo muy bueno. En la siguiente casa, después del no y antes de que llegara la sonrisa dijo:

- ¡Pero éstos son mejores porque son ecológicos!
- ¡Ah sí? ¿Ecológicos? Bueno, entonces los probaré. Te los compro.

La próxima semana, la misma señora, volvió a comprar pero dos docenas y le ofreció un trozo de queque hecho con los huevos “ecológicos”. Le dijo que sabían mejor que los otros y que se los compraría cada siete días. Pablo sugirió llevárselos los sábados en que no tenía que ir al colegio a lo que la señora accedió. También decidió ofrecerlos ese día a otros vecinos. Se levantaba entonces muy temprano. Su mamá le servía el desayuno antes que al resto de la familia y se sentía orgullosa de él.

Los sábados, todos los vecinos lo esperaban; era una buena y cómoda compra ya que la recibían en sus propias casas. Su negocio producía e iba muy bien.

- ¡¡Viva!! ¡¡Viva!!— El aire pegaba en su pequeña cara mientras corría hasta el Club. Allí exhibían la bicicleta color amarillo.

Dos meses antes de Navidad, su gallinero tenía muchas gallinas y también un gallo, porque ya había cumplido con Doña Carmen en la devolución de la primera pareja de aves. Vendía muchas docenas de huevos por semana y disponía de dinero suficiente para comprar varios boletos pero...

Decidió que no los compraría todavía, una idea se había instalado en su cabeza y tendría paciencia para hacerla realidad.

-“Amarillo; no me gusta, yo la quiero azul”.

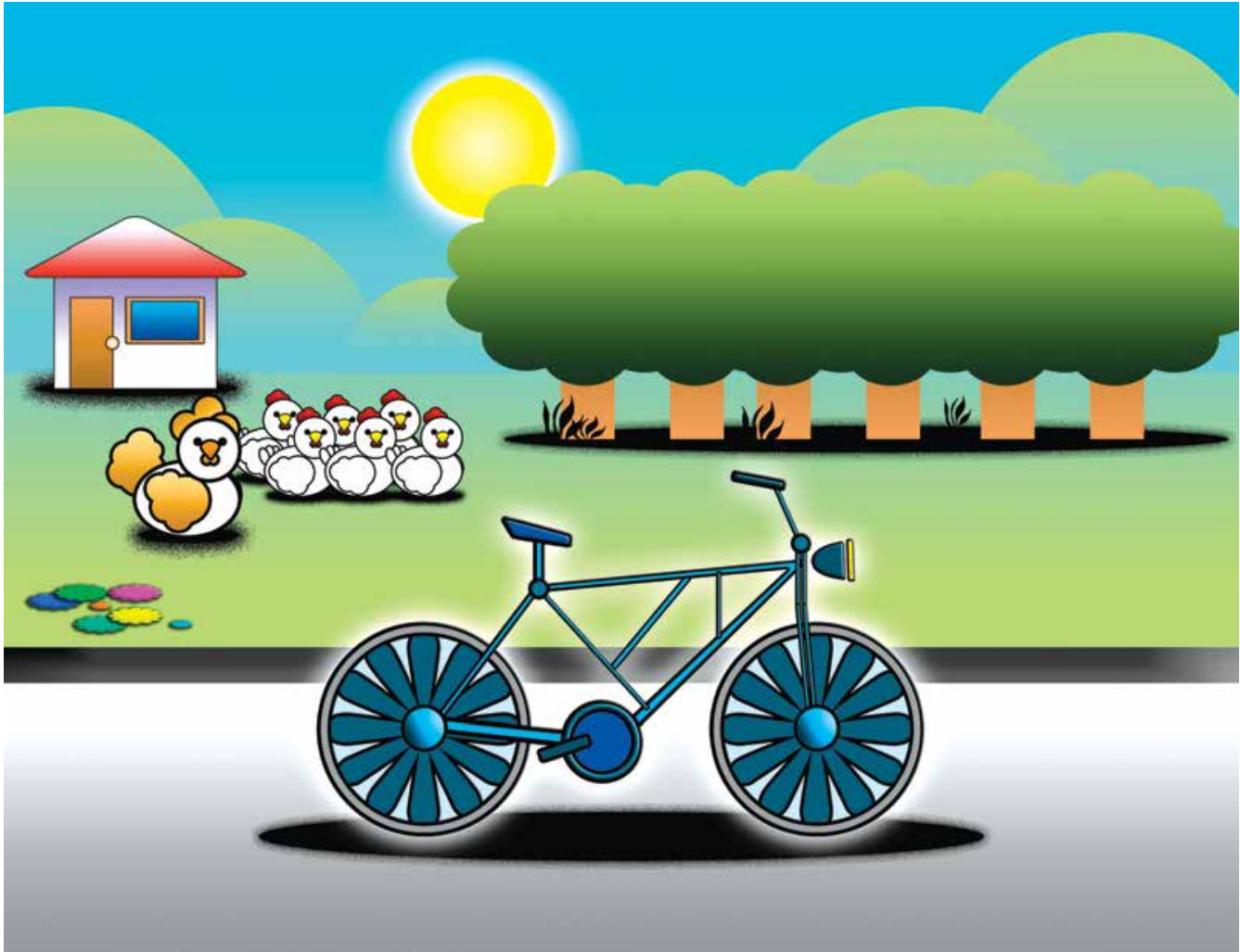
En el último mes del año, al día siguiente de la Navidad, Pablo paseaba orgulloso en su bicicleta azul.

- ¡Pablo! ¡Pablo! ¿Te la trajo Santa?

Los chiquillos del barrio corrían detrás de él.

- No, la compré con mi dinero.

Se sintió muy orgulloso bajo las miradas asombradas de los otros niños.



Una visita al Estadio Nacional



Caro y Coco eran una pareja de gatitos hermanos que vivían con sus papás en lo alto de una casa vacía en el Barrio de Las Latas. Cierta mañana oyeron a su papá hablar del nuevo Estadio Nacional y Caro muy intrigada preguntó:

- Papá, ¿qué es un Estadio Nacional?

- Un estadio es un lugar donde hay muchas graderías para que la gente se siente y vea juegos deportivos, como fútbol, básquetbol, carreras de velocidad y muchos juegos más.

- ¿Y por qué se llama Estadio Nacional?

- Bueno, porque es de La Nación, del pueblo, de nuestro país.

- ¿Y podemos ir a visitarlo algún día?, dijo Coco que era muy curioso.

- ¿Por qué no vamos a visitarlo el próximo domingo?, preguntó la mamá gata. Caro y Coco estarían felices.

- Si se portan bien durante toda la semana vamos el domingo.

- ¡Qué bien!, brincaron los gatitos muy alegres.

- Quiero que sepan que el Estadio Nacional fue regalado por un país amigo que es China y lo construyeron muchos chinitos obreros, que trabajaron con gran dedicación para terminarlo.

Llegó el domingo y Caro y Coco estaban felices por la visita que iban a hacer. Pero apenas salieron de la casa se toparon con un pavo que les preguntó:

- ¿A dónde va la familia de los gatos que se ven tan contentos?

- Vamos a conocer el Estadio Nacional, contestaron los dos gatitos.

- Pues voy con ustedes, dijo el pavo que tampoco lo conocía. Y siguieron su camino.

Al rato se encontraron con un cerdito rosado que les preguntó:

- ¿A dónde va la familia de gatos y un pavo tan contentos?

- Vamos a conocer el Estadio Nacional, dijeron en coro.

- Pues yo voy también con ustedes porque no lo conozco. Y siguieron su camino.

Al rato se encontraron con un perro negro que tenía los ojos amarillos y les preguntó:

- ¿A dónde va todo este grupo de amigos que se ven tan contentos?



- Vamos a conocer el Estadio Nacional.

- Pues yo voy con ustedes porque tampoco lo conozco, y se unió al grupo.

Habían caminado varios kilómetros cuando se les apareció en el camino un caballo color café.

- Amigos, dijo, ¿A dónde van en un grupo tan bonito?

- Vamos a conocer el Estadio Nacional, dijeron todos.

- Siempre he querido conocerlo, dijo el caballo café, así es que me voy con ustedes.

Después de caminar otros kilómetros, por fin llegaron al Estadio Nacional.

- Aquí es, dijo el papá gato. ¿Ven qué grande y hermoso es?

- Pero no lo podemos ver más que por fuera, porque está cerrado.

- Ay... lloraron Coco y Caro, tanto que hemos caminado para no poder verlo por dentro.

- Tengo una idea, dijo el caballo. El cerdito se sube en mi lomo, en el lomo del cerdito se sube el perro, en el lomo del perro se sube el pavo, en el lomo del pavo se sube el papá gato, en el lomo del papá gato se sube la mamá gata y encima de ella se suben los dos gatitos. Por lo menos Caro y Coco podrán ver el Estadio Nacional por dentro y nosotros lo veremos otro día.

- Muy generoso de parte de ustedes, dijo el papá gato y me parece muy buena idea.

Y así lo hicieron. Cuando Caro y Coco estuvieron arriba se quedaron sorprendidos al ver qué grande era aquel estadio.

Pero al otro lado de la tapia y cerca de la puerta donde los animalitos estaban, se hallaba el guarda, que al ver a los gatitos en el aire, casi le da un ataque.

- "Dios mío, estoy viendo visiones" Unos gatitos al otro lado de la tapia como si los estuviera sosteniendo un gigante. Voy a ver qué es lo que pasa". Inmediatamente abrió la puerta del estadio y se va encontrando a todos los animales, unos sobre otros y comprendió lo que habían hecho, como buenos amigos.

- "Pasen un momentito", les dijo, "para que vean todos el estadio por dentro. Espero no perder mi puesto por esto."

El caballo café, el cerdito rosado, el perro negro con los ojos amarillos, el pavo y los cuatro gatos miraron aquel enorme estadio por dentro. ¡Era magnífico!

Pero los más contentos eran Caro y Coco porque al fin habían conocido el Estadio Nacional y tenían ahora un montón de amigos.





Balabusito, el pequeño gigante

Balabusito es un gigante que apenas tiene 6 años; pero como todos los gigantes de esa edad, es más grande que la mayoría de los chicos de su vecindario. ¡Qué va de grande! ¡Grandísimo! Usa zapatos del tamaño de tus dos brazos abiertos y el sastre que le fabrica su ropa tiene que subirse a una escalera para tomarle las medidas de sus pantalones y sus camisas. Su mamá y su papá también son gigantes y, ¿en dónde viven los tres? En una casa gigante, por supuesto. Y adentro de la casa, las camas, las sillas, las mesas, los platos y las cucharas también son gigantes.

El problema es cuando tienen que salir a la calle, porque no caben en los autos, ni en los autobuses ni tampoco pueden entrar en los edificios, ¿cómo van a entrar por las puertas? Entonces, los empleados del súper, que son muy amables, salen en un montacargas con las cajas de arroz, frijoles, carne, vegetales y cuantas cosas necesitan. Y los dos, el señor gigante y la señora gigante, los pagan y se los llevan en sus canastas gigantes, así como si nada.

Por la calle, los choferes de los autos se detienen para dejarlos pasar y les dicen: ¡Adiós, amigos!, mientras sacan la cabeza por la ventana y estiran el cuello, para mirar hacia arriba. Y los dos, el señor gigante y la señora gigante se agachan para responder el saludo.

Ayer por ejemplo, había una presa de autos en la carretera y nadie quería darle campo a la ambulancia, que tenía mucha prisa para llegar al hospital con un chico, al que se le había roto una pierna jugando en el parque. Entonces el señor gigante levantó la camioneta con su mano, así de facilito, como si fuera un auto de juguete y la puso a la entrada de emergencias.

Por eso, todos los quieren tanto. ¡Son tan serviciales!

El señor gigante es muy trabajador y se dedica a los trabajos, que para el resto de la gente son más difíciles: por ejemplo, corta las ramas de los árboles que están el peligro de caer sobre una casa o un edificio. Y se le hace ¡tan fácil!, porque aún el árbol más grande es más chiquito que él. Y así, con solo un ¡cloc, cloc!, de su enorme tijera, ¡listo! También cambia los bombillos de los postes de la calle y arregla los techos de los edificios más altos.

En el 911 el señor gigante es muy popular. Un día por ejemplo, el gatito de una chica se quedó atrapado en el techo de un edificio de diez pisos y el señor gigante lo bajó de la misma manera, ¡facilísimo!

Sin embargo, Balabusito es diferente. No se sabe por qué su mamá lo protege tanto. No lo deja asistir a la guardería ni jugar con otros chicos. Dice que se puede perder en la calle, que lo pueden golpear o decirle grandulón.

Por eso, Balabusito le tiene miedo a todo: a los chicos, a los perros, a los gatos, a las arañas, a los ratones, a las cucarachas... Por eso, prefiere quedarse en casa jugando con los autos gigantes que le ha hecho su papá o escuchando los cuentos que le cuenta su mamá.

Muy cerca de su casa, vive Titino y, ¡vaya una casualidad! Es el chico de seis años que se accidentó días atrás y su padre, el señor gigante, lo ayudó a llegar más rápido al hospital. Lo que pasa, es que ya está mejor y le han dado permiso de ir a la cancha del barrio a jugar basquetbol, aunque todavía tiene la pierna enyesada y tiene que caminar, pegando saltitos.

Desde la ventana más alta de su gran casa, Balabusito lo observa todas las tardes y exclama:

- ¡Qué divertido debe ser jugar con él!

Pero sabe, que a su mamá no le gusta que se aleje de la casa, si no va con ella. Por eso, se conforma con ver al chico jugar, desde la ventana.

Una tarde, Balabusito ve algo, que no le gusta. Paco y Pepe, dos chicos grandulones, que tienen fama de molestar a los más pequeños, le arrebatan la bola a Titino, solo para molestarlo. El chico, por supuesto, no puede correr tras ellos porque el yeso de su pierna le pesa mucho. Por eso, los otros, aprovechan para burlarse de él, mientras encestan una y otra vez la bola y le dicen:

- A ver, chiquitín, quitanos la bola.

A Balabusito no le gusta nada lo que está sucediendo. Sale de su casa y baja la colina de dos zancadas para ayudar a Titino. Muy decidido, se planta enfrente de los dos grandulones, que a su lado, no le llegan ni a las rodillas.

- Oigan. Eso no se hace, les dice, devuélvanle la bola a su dueño.

Los grandulones lo miran de abajo hacia arriba y se quedan sin habla. ¡Vaya! ¡Qué chico más alto! Y ellos que pensaban que eran los más grandes del vecindario!

Por supuesto, le regresan la bola a Titino y salen corriendo para su casa, para contarle a todo el mundo lo que acaba de sucederle.

La señora gigante, que está en su jardín, regando sus enormes plantas, se da cuenta que su hijo no está en casa y sale en su busca.

- ¿A dónde habrá ido? ¡Qué horror! ¡Se han robado a mi pequeño!

Está a punto de llamar al 911, para pedir ayuda, cuando lo encuentra en la cancha del barrio. Y ahí están los dos: Balabusito y Titino jugando muy felices. Lo mejor de todo, es que Balabusito ha subido a Titino en sus hombros y desde arriba, el chico encesta la bola, así de facilito.

- ¡Mamá, tengo un amigo!, exclama el pequeño gigante, cuando la ve llegar.

Desde ese día, Balabusito pierde el miedo porque se ha dado cuenta que puede ser muy útil a los demás; pero sobre todo porque tiene un amigo.

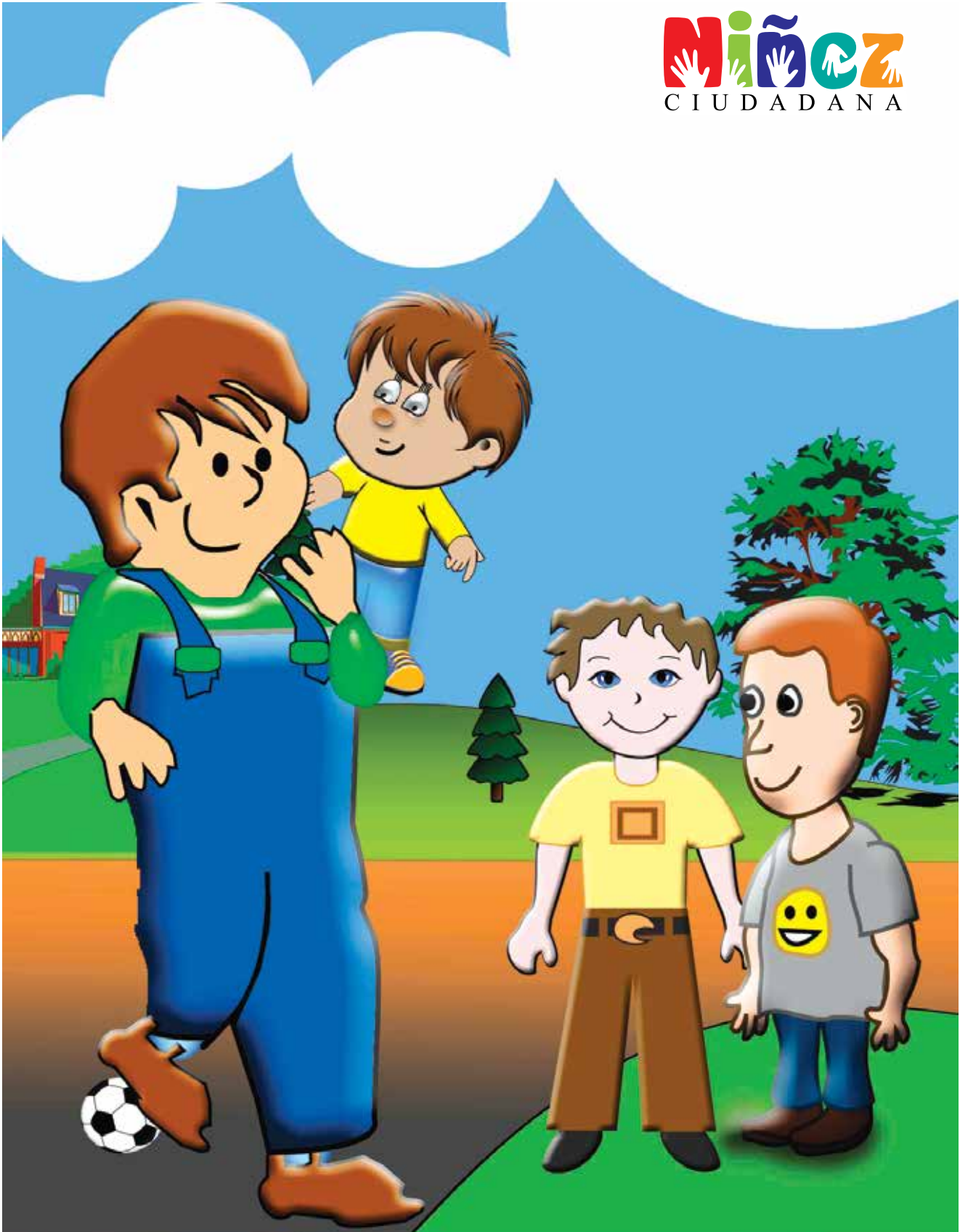
Y Titino es muy feliz, viendo el mundo desde arriba, sobre los hombros de Balabusito, que lo lleva a comer guayabas, jocotes y naranjas.

- ¡Arriba, Titino!, le dice Balabusito.

Y el chico, con solo estirar la mano, baja las frutas de los árboles y juntos se dan una gran comilona.

Han pasado varios días. A Titino le han quitado el yeso y puede correr por todas partes. Lo que pasa es que prefiere ver el mundo desde arriba, sobre los hombros de su amigo, que lo lleva por las mañanas a bajar frutas de los árboles o a darles migajas de pan a las palomas sobre la torre de los edificios.

Y, ¿Paco y Pepe, los dos grandulones? Se hicieron amigos de Titino y del pequeño gigante. Ahora, se divierten, sobre los hombros de Balabusito, bajando frutas de los árboles y por la tarde, mirando el atardecer desde la colina. ¡Cómo disfrutaban los paseos en el carro de madera de Balabusito, que por supuesto los hala de una cuerda!



Ernesto encuentra un amigo

Una mañanita de sol risueño con pajaritos que trinan felices en las ramas de los árboles, Ernesto pasea con su abuelita por el parque. Como siempre, lleva su bola de colores para jugar en la hierba.

Ernesto es un chico muy despierto y le gusta observar todo cuanto sucede alrededor: observa el cielo azul brillante con blancas nubes juguetonas, que se pasean de aquí para allá con el viento, mientras se estiran y se encogen, como si fueran de goma:

- Mirá abuelita, aquella nube tiene trompa de elefante y aquella otra tiene orejas de conejo, exclama jubiloso, mientras juega con su bola de colores en la hierba.

Por la calzada del parque, pasa la vendedora de galletas, jalando su carrito.

- ¿Querés galletas de coco, chocolate o vainilla?, le pregunta su abuelita, que llama a la chica.

Ernesto piensa, piensa y al fin exclama:

- Quiero galletas de coco.

La vendedora le da una bolsa de galletas y sonrío, mientras su abuelita saca unas monedas y le paga a la chica.

- Gracias, dice Ernesto, que se va a sentar en una banca del parque.

- ¿Querés una galleta?, le pregunta a su abuelita.

- Sí. Gracias, responde aquella.

Y los dos saborean los círculos dorados, que parecen pequeños soles y hacen ¡cric, cric!, al morderlos.

Un perrito de largas orejas se acerca a la banca en donde están Ernesto y su abuelita. Por lo visto, le ha llegado el olor a galletas de coco y quiere probarlas. Entonces, se sienta muy derecho enfrente de Ernesto. Lo mira a los ojos y pone su patita lanuda en el regazo del chico.

- Abuelita, el perrito tiene hambre. ¿Le puedo regalar una galleta?

- Está bien, Ernesto, responde aquella.

Y le han gustado tanto, que se come una, dos y tres galletas, mientras Ernesto lo observa y se ríe.

- Se llama Pelusa, dice el chico.

- Me gusta el nombre, dice su abuelita.

- ¡Está feliz! Mirá cómo mueve la cola y me mira, dice Ernesto, ¡Vamos a jugar con la bola, amigo!, le dice, llamándolo por el nombre que le ha inventado.

- Está bien; pero no se alejen mucho, responde la abuelita.

Y los dos corren y saltan entre la hierba, mientras Pelusa dice ¡guau, guau!, moviendo la cola.

- ¡Atajala!, dice el chico, que lanza la bola muy lejos. Y el perrito va por ella y la trae de vuelta, empujándola con el hocico.

- ¡Bravo, Pelusa!, exclama el chico, que lo premia con otra galleta.

Cuando llega la hora de regresar a casa, Ernesto se pone muy triste porque debe despedirse de su nuevo amigo.

- ¿Podemos llevarlo a casa?, le pregunta el chico a su abuelita.

- Yo pienso que no. Debe tener dueño, responde aquella, mientras lo toma de la mano y se marchan.

Pero sucede algo sorprendente, que pone muy feliz a Ernesto. Pelusa se va con ellos, mientras dice ¡guau, guau!, corre, salta y mueve la cola.

Cuando llegan a casa, Pelusa se queda a la entrada y se echa muy quietecito, mientras lo mira con ojos tristes. Ernesto se da cuenta que quiere quedarse con él.

Mamá, que llega a recibirlos, observa la escena.

- Este es mi nuevo amigo Pelusa y no tiene dueño. ¿Puede quedarse con nosotros?, pregunta Ernesto.

El perrito parece que ha comprendido la invitación, pega un salto, se levanta, dice ¡gua, guau! y mueve la cola.

Mamá se encanta con el perrito y le dice:

- ¿No tenés dueño, Pelusa?

Y el perrito dice: ¡guau, guau! y mueve la cola, lo que quiere decir: No señora. No tengo.

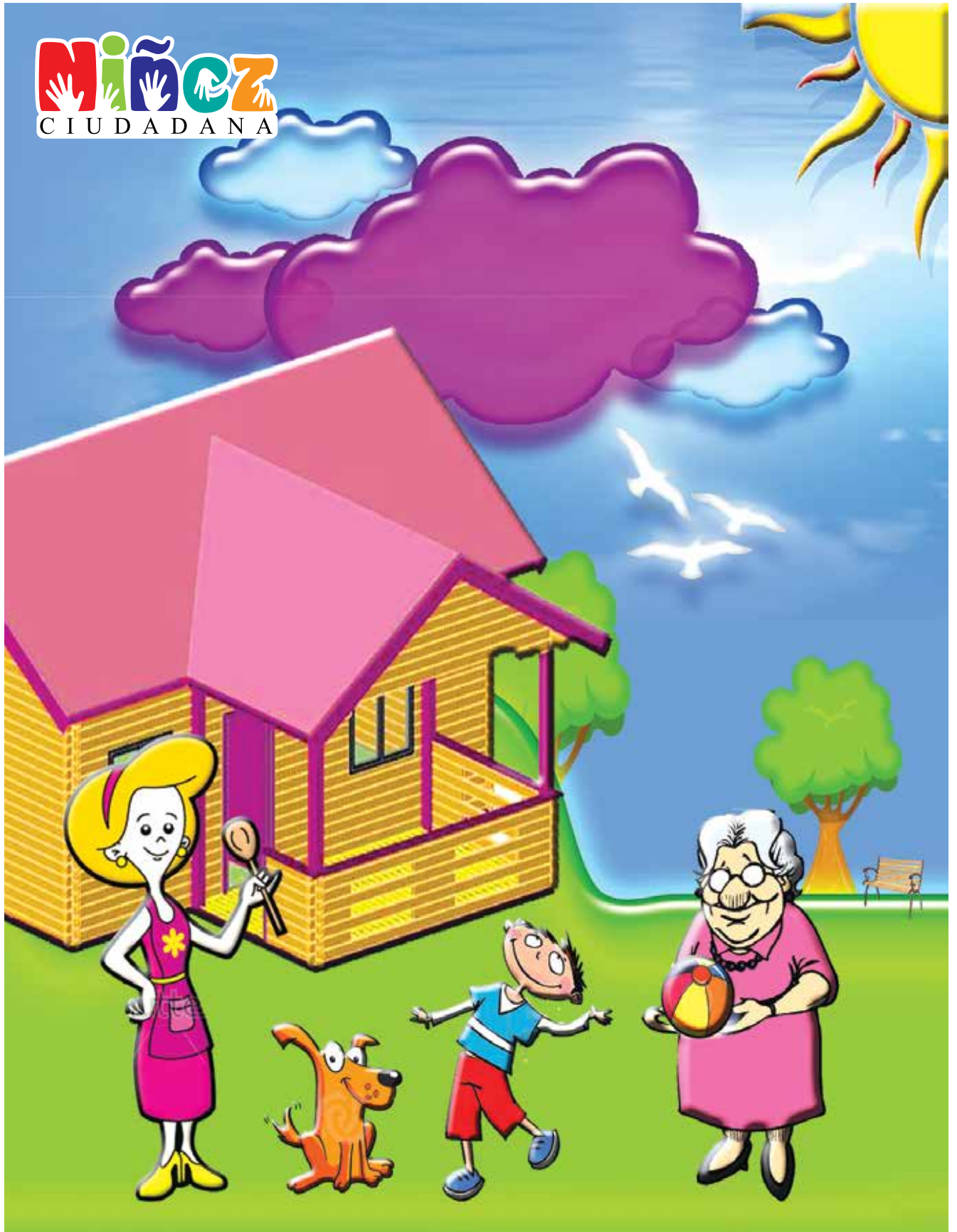
- ¿Querés vivir con nosotros?, le pregunta

Y el perrito dice: ¡guau, guau! y mueve la cola- lo que quiere decir: Sí señora. Sí quiero.

Desde entonces, ¡qué alegre está Ernesto! ¡Qué alegre está Pelusa! Los dos se quieren mucho, juegan a la bola y se acompañan como dos buenos amigos.



Niñez
CIUDADANA



Una mascota para Inés

- Papá y mamá, yo quiero que me regalen una mascota para mi cumpleaños, comentó Inés una mañana durante el desayuno.

- ¡Una mascota!, dijeron sus padres al mismo tiempo. Pero si aquí no tenemos campo, es un apartamento muy pequeño. Y además con el nacimiento de tu hermanito, ocupamos el dormitorio que quedaba y estamos completos.

- Bueno... puede ser una mascota muy chiquita, como un perrito o un gatito al bebé le va a encantar jugar con él.

- Inés el bebé no puede jugar todavía con mascotas. Además un perro y un gato se pueden ir de la casa y no volver. A ellos no les gusta estar encerrados. Y hay que sacarlos para que hagan sus necesidades y no tenemos tiempo para eso. Además tendríamos que tenerlos amarrados.

- Yo no les pondría una cadena para que no se sientan mal, pero los amarraría con un hilo largo y así no se darían cuenta que no pueden salir.

- Las mascotas tienen que estar libres, Inés, comentó el papá.

- También puedo tener un conejo, él no se va a escapar. Le daríamos la lechuga que mamá trae del mercado.

Papá y mamá se volvieron a ver y menearon la cabeza.

Papá se levantó porque tenía que ir a la oficina y se despidió con un beso.

- Ya hablaremos de tu mascota, Inés, por ahora ayudá a mamá con el bebé.

- Sí, ya voy a ayudar a bañarlo, pero lo que quiero decirles es que mi hermanito Max es de todos, pero la mascota va a ser sólo mía. Yo la voy a querer, le voy a dar besitos y vamos a jugar los dos.

- Lo mismo podés hacer con Max, él estaría feliz, dijo mamá sonriendo.

“Es imposible hablar de mascotas con mis papás”, pensó Inés muy triste y cuando el bebé estuvo bañado y listo, se fue a jugar con sus muñecas.

Pasaron los días y se acercaba el cumpleaños de Inés. La mamá pensaba hacer para ese día un queque y ponerle 5 velitas, invitar a las dos abuelas y a sus primas y primos pequeños. Y Max, chiquitillo como era, también estaba invitado. Pero Inés, no sólo pensaba en su fiesta, sino también en su regalo.

“¿Le darían la mascota que ella tanto quería?”, se preguntaba la niña.

Y el día de su cumpleaños, después de felicitarla con besos y abrazos, los papás decidieron llevarla a la tienda de mascotas.

¡Qué maravilla todo lo que había ahí! Periquitos de amor de color celeste, canarios amarillos, conejos blancos, perritos grandes y pequeños, gatos, tortugas y en una esquina miró lo que ella quería.

- Uno de esos es lo que quiero, dijo feliz. No se puede escapar, le puedo dar de comer todos los días y darle besos a través del vidrio.

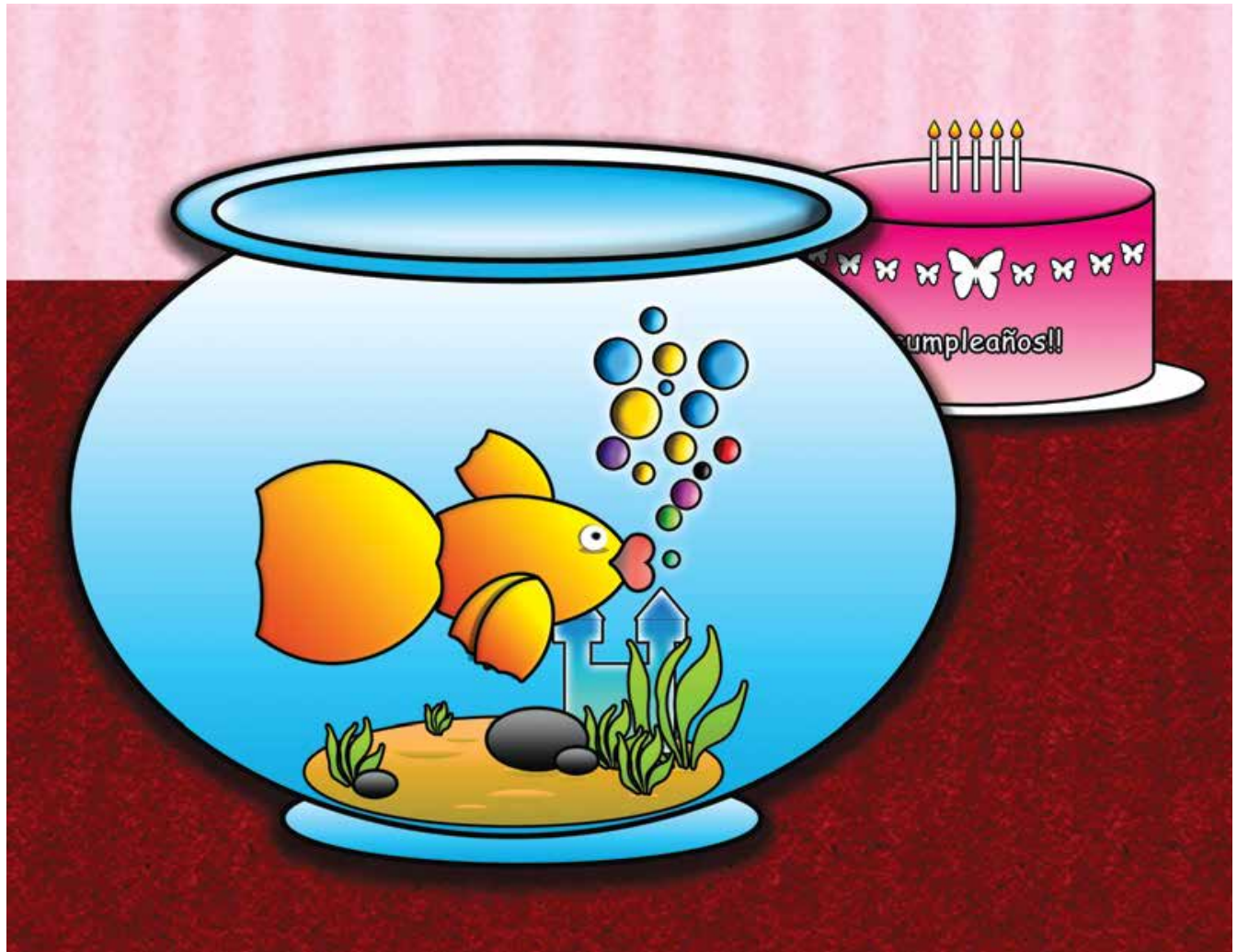
- ¿De veras esa es la mascota que querés? preguntó el papá.

- ¡Sí. claro, esa es!, dijo la niña.

- Pues es tuya, y que sean amigos por mucho tiempo.

Inés llegó muy contenta a su casa con su mascota. Y todos los invitados e invitadas descubrieron en una mesita de la sala, una linda pecera con un pez dorado dentro del agua, que nadaba de un lado al otro y hacía burbujas de colores con su pequeña boca.

Y este fue el mejor regalo de cumpleaños para Inés.



Anacleta, la bicicleta chueca

- ¡Corre, Anacleta!, corre, más rápido, le decía Felipe a su bicicleta, mientras le daba la vuelta al parque cercano a su casa.

- ¡Ay, Felipe!, pues pedalea más rápido, porque ya no puedo más, le contestaba la pobre bicicleta un tanto arratonada de las innumerables vueltas que Felipe la obligaba a dar al parque.

- Con esa actitud, nunca vamos a ganar el premio de la Carrera Anual de Bicicletas, refutaba Felipe.

- Yo estoy vieja y desgastada, tú me has usado mucho, exclamaba la bicicleta ante los reclamos de su dueño.

- Tienes razón, Anacleta, sin embargo, yo te cuido con cariño, te doy mantenimiento constante, te cambio las llantas de las ruedas, te aceito los pedales y la manivela, ¡qué más puedes pedir!, señaló Felipe muy seguro de sus palabras.

A Anacleta, no le quedó más remedio que continuar con los entrenamientos exhaustivos de Felipe, ya que él quería, convertirse en el nuevo campeón de la carrera de bicicletas de su barrio.

Durante semanas, las vueltas al parque aumentaron, así como, diversos recorridos que Felipe se inventaba por el barrio.

La comunidad en donde vive Felipe, es un barrio muy bonito, sobresale por su limpieza y por su interés en los deportes, existen clubes de fútbol, de básquetbol, de gimnasia y hay un comité que organiza, la tradicional, carrera de bicicletas para todos los niños y niñas de la comunidad. En ella participan, niños y niñas de 6 a 12 años, cada cual, se inscribe con su bicicleta y el ganador o ganadora, recibe una computadora nueva.

Felipe se inscribe todos los años en la competencia, pero nunca ha ganado, ya que, Ernesto, siempre se lleva el premio, por su agilidad y velocidad.

- Este año, yo voy a ser el ganador, expresaba Felipe en voz alta, mientras limpiaba con esmero su bicicleta.

Anacleta, guardaba silencio, pues repasaba en su cabeza, los trayectos que Felipe le había enseñado semanas atrás. No lo puedo defraudar, pensaba la bicicleta. Este niño me cuida y me quiere mucho.

El día de la competencia llegó y todos los chicos del barrio se hicieron presentes. Pitos, hurras y silbidos animaban el ambiente, no podían faltar las fotografías para el recuerdo y para el periódico local.

El alcalde del lugar dio la bienvenida y a la cuenta de 1, 2, 3... arrancó la competencia. Ernesto como siempre, iba encabezando la actividad, Felipe pedaleaba a toda prisa y Anacleta se esforzaba al máximo, para convertir a su dueño en el ganador del año.

Vuelta tras vuelta, subidas y bajadas, ¡Vamos Anacleta, tú puedes!, exclamaba Felipe con emoción.

Ernesto se quedó rezagado, su aumento de peso fue evidente, en especial en las subidas, situación que aprovechó Felipe para sacar ventaja.

En la última vuelta, de frente a la meta, Felipe tomó impulso y dio un salto, Anacleta cerró los ojos y nada más sintió un fuerte golpe al caer. Ambos habían llegado a la meta, un poco averiados.

El susto y la conmoción del momento, hicieron que el jurado se levantara a toda prisa de sus asientos, para ver si no les había sucedido nada malo a Felipe y a su bicicleta. El niño tenía raspones por todo lado y a Anacleta se le estalló una llanta, le faltaba un pedal y se le torció la manivela.

- ¡Pobre bicicleta!, dijo el alcalde, quedó toda chueca.

La frase dicha por el señor alcalde, provocó la risa de los presentes, quienes no pudieron contener las carcajadas. Pese al incidente, Felipe y Anacleta, fueron los ganadores absolutos de la Carrera.

Transcurrieron algunos días, para que los raspones de Felipe, fueran desapareciendo. Entre la instalación de la computadora nueva y los arreglos hechos a la bicicleta, Felipe cumplió su sueño de ganar la competencia, Ernesto, inició una dieta saludable y Anacleta a pesar de fue enviada al taller de don Juan, quedó un poco chueca.

- ¡Enderézate Anacleta!, dice Felipe.

- ¡No puedo!, quedé torcida después del golpe, le contesta Anacleta.

- No te preocupes, vamos con cuidado, que chueca y torcida, siempre serás, mi bicicleta preferida.



Lupita, la lagartija

Cierto día, Lupita se encontraba asoleándose en el jardín, cuando de pronto, pasó cerca suyo Macarena, la iguana, con sus hermosos colores y su larga cola.

- ¡Cuánto me gustaría ser como ella!, pensó Lupita al verla.

- Ella es mucho más grande que yo, todos los que viven en este jardín la admiran bastante, el grillo cantor, la colonia de hormigas que vive bajo aquel árbol, los pajaritos que acaban de hacer nido y yo, por supuesto...

Lupita estaba tan sumida en sus pensamientos, mientras contemplaba a la distancia a la imponente iguana, que no se percató, que Colorines, su mejor amigo, un gusano multicolor, estaba junto a ella.

- Buenos días, Lupita, ¿cómo amaneciste?, le preguntó el gusanito.

- ¡Colorines!, ¡qué susto me has dado!, no te sentí llegar, le contestó Lupita.

- Sí, hace rato estoy aquí a la par tuya, pero tú, otra vez estás observando a Macarena, esa iguana presumida y orgullosa.

- Pues tiene con qué presumir, mira su gran tamaño, su larga cola, es el animal más grande que habita en nuestro jardín, acaso no te has dado cuenta, que los domingos, cuando las familias de humanos, vienen a pasar el día por aquí, la contemplan al igual que yo, y hasta fotografías le toman. Ella incluso, practica poses nuevas para sus fotos.

- Por esa razón, está tan creída, ni que fuera la única iguana que existe en todo el planeta. Cambiando de tema, me vas a acompañar a dar nuestra vuelta habitual por todo el jardín, mira traje tenis nuevas, preguntó muy entusiasmado el gusano.

- Sí vamos, desde temprano te estaba esperando.

Lupita y Colorines iniciaron su tradicional caminata matutina, en la cual, aprovechaban para hacer un poco de ejercicio y saludar a sus amigos y vecinos del jardín.

Cuando iban pasando justo, cerca de Macarena, la tan admirada iguana, a Lupita se le ocurrió saludarla amablemente, pero a pesar de su gesto cortés, la pobre lagartija, no recibió contestación alguna.

- Ves te lo dije, replicó Colorines, esa iguana es una mal educada, ni siquiera se dignó a devolverte el saludo.

Lupita se quedó muy seria y pensativa, al finalizar la caminata, se despidió de su amigo y se fue para su casita, un pequeño tronco que se encontraba en un extremo del jardín.

Al día siguiente, la paz y la tranquilidad de los habitantes del jardín, se vieron interrumpidas por un suceso fatal, Macarena, la iguana estaba enferma, se encontraba tirada en medio del jardín, con un terrible dolor de estómago. Todos los oriundos del lugar, no sabían qué hacer ante tal situación.

El grillo cantor, organizó a su amigos e ideó un plan, llevar a Macarena al doctor.

- ¡Estás loco!, exclamaron las hormigas, ¿cómo la vamos a llevar al doctor?, esa iguana pesa mucho.

- Podemos hacer dos filas y entre todas ustedes la movilizamos hasta allá, contestó el grillo.

- Jamás, eso es imposible, aseveró la Reina Hormiga, aunque mis hormigas obreras intenten hacer lo que tú dices, no lograríamos transportar a Macarena, su peso y su tamaño, aplastaría a todas mis súbditas.

- Entonces, ¿qué hacemos?, se preguntó el grillo angustiado.

- Quizá los pájaros recién llegados, puedan tomarla por sus patas y por su cola y llevarla volando hasta donde el doctor, dijo la Reina Hormiga.

- Tampoco podemos hacer eso, respondieron en coro los pajaritos, -tú lo has dicho, Macarena pesa mucho y no podríamos alzar vuelo con ella.

- Tengo una idea, expresó Colorines, ninguno de nosotros puede mover a esta iguana pues ella nos gana a todos en peso y en tamaño, lo mejor es enviar a alguien por el doctor, para que él venga hasta aquí y atienda a Macarena.

- Pues eso está muy difícil, replicó el grillo, ninguno de los que vivimos en este jardín, ha salido de aquí, nadie conoce el camino hasta donde vive el médico.

- Yo sí, gritó Lupita, una vez salí de este jardín, por aquel huequito que se ve entre aquellas plantas, yo puedo ir.

- No me parece, el camino debe ser muy peligroso para alguien tan pequeña como tú, señaló el grillo.

- Pero alguien tiene que ir o Macarena morirá del dolor, objetó Colorines.

Lupita no esperó decisiones ni contradicciones, cuando todos se percataron, ella ya se había ido.

Al cabo de dos días, la intrépida lagartija, regresó al jardín con el médico, un conejo blanco con su estetoscopio en el cuello.

Tras un chequeo completo y las medicinas indicadas, Macarena se recuperó por completo de su padecimiento. La armonía volvió al jardín, junto con miles de agradecimientos hacia la lagartija por su noble acción.

Lupita comprendió que el tamaño no es importante cuando se tiene voluntad para hacer las cosas y Macarena entendió el significado de la palabra humildad.

Los domingos han cambiado un poco en el jardín, el grillo cantor ameniza el almuerzo que todos comparten juntos al mediodía, y la sesión fotográfica de Macarena, ahora incluye a una nueva amiga, a Lupita, la lagartija



Cari Caricaco

Al atardecer, Cari Caricaco el caracolito ermitaño, salió de la montaña con su concha auestas. Estiró sus tenazas, movió sus ojillos y contempló que allá en la playa, la marea había bajado. Muy contento cargando su casa fue en busca de su compañera de trabajo, la cangreja.

- ¡Cascarita, Cascarita!, llamó Caricaco asomándose por el hueco donde vive la cangreja.

Cascarita, que así se llamaba la preciosa cangreja de tenazas moradas y cuerpo anaranjado, salió de su agujero en la playa, sacudió la arena de su coraza y saludó a su amigo y compañero.

- ¡Buenas tardes Cari! ¿Ya estás listo para empezar nuestro trabajo?

- ¡Siempre listo!, respondió.

Los dos amigos, con escoba y balde empezaron a recorrer la playa en busca de basura. Papeles, botellas, bolsas plásticas y un sin fin de comida podrida y asoleada.

- Si no limpiamos la playa, cuando la marea suba de nuevo, las olas se llevan toda esta basura mar adentro, comentó Cari.

- Y puede enfermar a los peces, añadió Cascarita.

Apurados, cada uno con su balde, recogían la basura con sus tenazas.

Allá, al final de la playa sobre una roca dormitaba la iguana Juana tomando los últimos rayos de sol. Vaga, perezosa y curiosa, bajó de la piedra, se dirigió donde se encontraba trabajo que trabajó el caracol ermitaño y la cangreja.

A paso lento y arrastrando la cola, se acercó y con voz ronca les dijo:

- ¡Qué trabajo mas sucio, qué asco! basura, comida podrida y asoleada ¡uf!, se me revuelve el estómago.

Cari y Cascarita un poco indignados por haberlos insultado, no hicieron caso de la presencia de la iguana y siguieron trabajando.

- ¡ Cuchitriles!, les gritaba la iguana, ¡vayan a buscar otro trabajo como el que hacen!

Cascarita que no aguantó el insulto, con su tenaza al aire le contestó a la grandulona de Juana echando espuma por la boca.

- ¿Y quién eres para venir a insultarnos?, no ves que todo trabajo es decente, todo trabajo es valioso porque es necesario, es el esfuerzo que hacemos para mejorar el medio ambiente y mantener estas playas limpias.

Cari Caricaco no se quedó atrás, se colocó frente a la cangreja y muy valiente la enfrentó.

- Estamos felices de tener este trabajo, nos sentimos muy orgullosos y nos gusta trabajar. Dime, ¿qué trabajo haces?, pasas todo el día asoleándote en una roca y dejas pasar el tiempo sin hacer nada provechoso ni para ti ni para los demás. Además, solo vienes a criticarnos.

Juana al ver que sus amigos se habían disgustado, se retiró. Al dar la vuelta, con su cola tropezó con Caricaco quien rodó playa abajo como bola metido dentro de su concha.

Indignado el caracol, mareado y enojado salió de su concha y corrió tras la grandulona de la iguana. Cascarita, al ver lo disgustado que se había puesto Caricaco, lo detuvo a medio camino sujetándolo con su tenaza y no lo dejó avanzar.

Caricaco, al verse en el aire sujetado de su concha por la tenaza de su amiga, pateaba tratando de soltarse.

Cascarita, con su fuerza, lo sostuvo en el aire esperando que Cari se calmara y dejara de patear. Al ver que se había tranquilizado, lo puso de nuevo sobre la playa y con voz reposada se dirigió a su amigo haciéndolo razonar.

- Mira Cari, no vale la pena discutir por algo que tu y yo sabemos que hacemos lo correcto, déjala irse, ella reflexionará que ha hecho mal y cuando regrese a su cueva tendrá tiempo para pensar.

Así fue. Toda la noche Juana repasó las palabras de Caricaco. “¿qué trabajo haces?, pasas todo el día asoleándote en una roca y dejas pasar el tiempo sin hacer nada provechoso ni para ti ni para los demás”

- ¡Me ha humillado, me ha dicho vaga, perezosa, criticaona.

Juana dio media vuelta, enroscó su cola y trató de descansar, pero el “gusanillo” de la conciencia no la dejaba dormir.

- Me he puesto a pensar. Tal vez Cari tenga razón, tal vez sea cierto lo que dijo, mi vida es muy vacía, sería bueno que haga algo provechoso mañana.

Al día siguiente, cuando la marea bajó, los amigos se encontraron de nuevo para trabajar. Pero cual fue su sorpresa ver a Juana a la salida de la cueva de Cascarita.

Cari al verla, resentido por lo sucedido el día anterior se le colocó al frente, pero antes de decir palabra la iguana le habló:

- ¡Perdona Caricaco!, no fue mi intención golpearte. Tenías razón, creo que ya es hora que haga algo bueno por los demás. Vengo a ayudarles. ¿Qué les parece si llevo los baldes?

Cari y Cascarita quedaron asombrados de la buena intención de Juana. Estuvieron de acuerdo que Juana se uniera al equipo de trabajo. Juntos, terminaron mas temprano la tarea en recoger la basura de la playa y así poder contemplar el atardecer.



El dragoncito Tato

El pequeño dragón se llamaba Tato. Vivía muy contento con sus padres que eran grandes y fuertes. Echaban fuego por la boca y todo el mundo les tenía miedo. Tato también podía echar fuego por la boca, pero eran unas llamas pequeñas, azules y coloradas. Tato tenía un secreto: él no quería asustar a la gente, al contrario, quería tener bastantes amigos. Le parecía lindo ser como el perro de la casa vecina, a quien cuidaban sus amos con gran cariño y hasta lo invitaban a dormir en su cama.

Un día Tato le preguntó al perro:

- ¿Cómo hacés para que te quiera toda la gente?

- Yo no hago nada especial, le contestó el perro. Sólo meneo el rabo, saco la lengua y arrimo mi cabeza a la pierna de la persona que me ofrece su cariño.

- Ah, ya veo, dijo Tato. Muchas gracias por el consejo, voy a hacer lo mismo.

El pequeño dragón salió a dar una vuelta por el parque. ¡El quería tener amigos!

Allí se encontró con una pareja de abuelitos que paseaban por un camino lleno de flores. El viejito llevaba un bastón en la mano, donde se apoyaba mientras caminaba con dificultad y ella tenía un chal amarillo en los hombros. Cuando vieron al pequeño dragón, se acercaron para acariciarlo. Entonces Tato, recordando lo que le había dicho el perro, se acercó a la viejita, le sacó la lengua y movió la cola varias veces. Pero todo salió al revés. La viejita se asustó al ver que de la boca del dragoncito salían pequeñas llamas de colores. Después frunció el seño cuando vio que Tato había majado con su cola, las lindas flores del camino, y las pobres se habían deshojado.

- "Es un animalito peligroso", dijo el viejito, y con su bastón tocó a Tato en el lomo para que se fuera.

El dragoncito sintió tristeza y le salieron dos gotitas de agua de sus ojos. Con la cabeza baja regresó a su casa y no quiso comer la deliciosa comida que le había preparado su mamá.

Al día siguiente volvió al parque. ¡Él quería tener amigos! Caminaba por los senderos cuando se encontró a un niño que jugaba con una bola. La hacía rebotar una y otra vez, muy contento, pues la bola era linda, de colores brillantes.

De pronto, un chico mayor se acercó y le quitó la bola mientras se reía a carcajadas. El pequeño se puso a llorar y eso llamó la atención de Tato.

- "Eso está muy mal hecho", pensó Tato.

Entonces el dragoncito se fue acercando despacio y se detuvo delante del chico grande.

- ¿Qué hace este pequeño monstruo aquí?, dijo el muchacho mientras seguía jugando.

- ¡Dame mi bola!, gemía con tristeza el pequeño.

Tato sintió una furia muy grande, se acercó más al muchacho y abrió la boca como si se lo fuera a tragar. Entonces le salió una llama amarilla y poderosa. El muchacho se echó para atrás y soltó la bola. Tato para rematar, volvió a abrir la boca y salió una llamarada color rojo. Ahora el muchacho se asustó y salió corriendo.

El pequeño se acercó a recoger su bola y en su cara brillaba la felicidad. Se acercó a Tato, le pasó la mano suavemente por su piel y le dijo:

-“Dragoncito bueno, gracias por hacer que ese chico me devolviera la bola; sos mi amigo y te quiero mucho”.

Tato se acercó al pequeño y cuidándose de no abrir la boca ni sacar la lengua, rozó con la cabeza su pantalón. Era la primera vez que tenía un amigo y se sintió muy contento. Ahora, cuando fuera al parque lo iba a encontrar de nuevo.

Regresó a su casa y ahora sí se comió toda la comida que le había preparado su mamá.



El ogro egoísta

En una oscura cueva de un espeso bosque, vive un temible ogro. Nadie más vive en ese bosque. Nadie se atreve ni siquiera a acercarse. Todos los habitantes del pueblo le temen. El ogro no tiene más compañía que su soledad. Pero eso a él no le importa, todo lo contrario, le gusta estar solo.

- ¡Jo, jo! Este bosque es mío, solo mío y de nadie más. El que se acerque lo sacaré, dijo, sentado frente a su cueva rascándose la panza.

Hasta que un día, el ogro escuchó un ruido extraño. "Toc, toc", "Zig zag".

- ¿Qué escucho? ... Parece un golpe de martillo y un serrucho aserrando.

Sin dudarle un momento, calzó sus botas y fue a ver de qué se trataba.

Caminó con paso largo entre los árboles, en busca del "Toc, toc" "Zig zag" que escuchaba cada vez más cerca.

En un claro del bosque vio a un muchacho con pantalón de mezclilla y sombrero, muy ocupado. Cortaba y unía tablas para construir una cabaña.

Se acercó al muchacho y de un brinco se colocó enfrente para asustarlo. Con voz ronca de ogro le preguntó muy enojado:

- ¿Quién eres, y qué pretendes hacer?, ¡no puedes construir aquí, el bosque es mío, solo mío y no quiero verte!

El muchacho al ver al temible ogro, de ropa harapienta y maloliente, mantuvo la calma y la respiración. Trató de no asustarse y le respondió con amabilidad.

- ¡Buen día estimado Ogro! Me llamo Julián y construyo mi hogar.

- Qué buen día ni que nada, no entiendes... aquí nadie construye ni casa, ni cabaña, ni hogar o como se llame. ¡No puedes construir aquí, el bosque es mío, no quiero verte, yo estuve aquí primero! Contestó de mal humor alzando la voz en espera que Julián saliera corriendo muy asustado.

- ¿Quién me lo prohíbe? Se atrevió a preguntar el muchacho.

- Pues yo y nadie más que yo y eso basta. No quiero verte por aquí. No quiero verte construyendo esa casa. Contestó el ogro con manos a la cintura, con su cara cada vez más cerca de la cara de Julián.

- El bosque pertenece al que lo ama y cuida de él, por lo tanto, puedo construir aquí. Le contestó Julián con manos a la cintura imitando al ogro.

- No entiendes, ¡NO QUIERO VERTE AQUÍ! gritó el ogro de nuevo.

Julián permaneció un momento en silencio y luego con mucha calma le dijo:

- ¡Ah, ya entiendo! No quieres verme. De acuerdo, no me verás, te lo prometo.

El ogro muy satisfecho de haber ganado, se retiró a su cueva seguro de que Julián no regresaría

En efecto, el ogro no volvió a ver a Julián. Pero un día recorriendo el claro del bosque, notó una cabaña a medio construir. Se acercó y buscó por todos lados a Julián pero no lo vio.

El ogro estaba tan furioso que resolvió vigilar al muchacho.

Cada día comprobaba que la casa estaba un poco más avanzada pero nunca podía ver a Julián.

Si no lo veo durante el día, entonces esperaré la noche. Se escondió entre los árboles a esperar, pero se durmió.

Así el ogro, en las noches lo pasaba en vela sin poder mantenerse despierto, siempre se dormía. Mientras Julián aprovechaba para construir su casa.

Un día vio la casa terminada.

- ¡Julián! Me has engañado, no has cumplido con tu promesa. Gritó muy enojado. No te has ido, vete, no quiero verte.

El ogro se tiró al suelo, de rabia pataleaba y lloraba. No, no quiero que Julián viva en el bosque. No quiero compartirlo con nadie.

Julián miraba de lejos el berrinche del ogro, se acercó y con voz dulce le dijo:

- Ogro querido, he cumplido con mi promesa, te prometí que no me verías, dime: ¿me has visto?

- No, no te he visto, cumpliste tu promesa pero... se levantó sacudiéndose del polvo y continuó explicando, también amo la naturaleza y todo lo que hay en ella, pero no quiero que vivas en el bosque. No quiero compartirlo con nadie.

- Ogro querido, deja ya el berrinche y comprende que aunque las cosas no son como queremos, debemos compartirlas con los demás. Nadie te está quitando tu bosque. Ahora los dos podemos disfrutar de este hermoso bosque y compartirlo.

El ogro al comprender que había sido egoísta, se mostró muy avergonzado y con la cabeza baja se disculpó.

- Perdona Julián, he sido muy egoísta, debo aprender a compartir. Lo mío es tuyo.

- Y lo mío también es tuyo. Quiero que seamos amigos. Le dijo Julián estrechando la mano peluda del ogro en señal de amistad.

- ¡Bienvenido a mi casa estimado ogro! dijo Julián invitando al ogro a su casa.

- Gracias Julián antes nunca había tenido amigos, le dijo el ogro quien comprendió que se avecinaban buenos tiempos.

Julián y el ogro fueron buenos amigos para siempre.





Trapitos

Había una vez, una muñeca de trapo, a quien todos los juguetes la conocían con el nombre de Trapitos, porque su vestido estaba hecho de diferentes pedazos de tela.

Trapitos vivía en la habitación de Carolina, su dueña, a quien le gustaba mucho peinarle las trencitas de lana y acomodarle el gorrito que tenía sobre su cabeza.

- ¡Qué bonita te ves con ese vestido!, le decía Carolina quien la llevaba consigo a todo lugar.

Carolina y Trapitos eran amigas inseparables. La muñeca fue un regalo que los padres de Carolina le dieron, a los pocos días de estar en el hospital, a causa de un terrible accidente que la dejó sin poder caminar. Trapitos se convirtió en la confidente de la niña y en el medio más eficaz para su recuperación.

- Gracias Trapitos, por quererme tanto, le decía todas las noches Carolina, antes de ir a dormir.

Trapitos sonreía, mientras Carolina la abrazaba fuertemente hasta quedarse dormida.

Cuando llegaron las vacaciones de medio año, el papá de Carolina se quedó sin trabajo, su madre como era costurera, empezó a trabajar en la casa, y con su esfuerzo y dedicación sacó adelante, la situación.

- Mamá me gustaría aprender costura, le dijo un día Carolina, así puedo ayudarte con los encargos de los vecinos.

- Mi niña, respondió su madre, yo te puedo enseñar con mucho gusto, pero no es necesario que me ayudes, tú deber es estudiar.

Carolina iba al kínder por la mañana, le ayuda a su madre en los quehaceres de la casa, desde su silla de ruedas y por las tardes, aprendía costura.

Cierta mañana de domingo, mientras PúPú, el viejo tren de juguete, le daba vueltas a Trapitos por el jardín, Carolina tuvo una idea.

- ¡Mamá, papá!, exclamaba Carolina a gritos desde el jardín. Sus padres preocupados salieron de inmediato. ¿Qué pasa hija?, preguntó su padre.

- Papito observa a Trapitos, dijo la niña.

El padre miró la muñeca y no vio nada extraño. No comprendo Carolina.

Carolina les explicó a sus padres la idea que había tenido. Durante algunos meses, con la ayuda de su madre, la niña trabajó en la confección de algunos vestiditos, hechos con retazos de tela que ya no se iban a utilizar más. Luego con la guía de su papá, hizo unos carteles que colocó en las pizarras de su kínder: "Ven a disfrutar el desfile de modas para muñecas de trapo, este viernes por la tarde, en el jardín de mi casa" Te invita Carolina.

Ese viernes, compañeras de clase y vecinas llegaron hasta la casa de Carolina para ver el desfile. La bienvenida no se hizo esperar y después de una música entusiasta, salió Trapitos montada sobre PúPú, modelando los diseños hechos por su dueña. Los aplausos se escuchaban por todo el jardín y al final de la pasarela sobre ruedas, las invitadas compraban aquellos vestidos que más les gustaban para sus muñecas.

Desde ese día, las pasarelas de fin de semana, se convirtieron en toda una tradición. Carolina se transformó en una reconocida comerciante infantil, debido a sus creaciones tan originales, las cuales, traspasaron las fronteras de su barrio y en un abrir y cerrar de ojos, inauguró su propia tienda.

Los padres de la niña estaban muy orgullosos de su hija. El papá de Carolina administraba la empresa familiar, la mamá trabajaba como asistente personal de su hija, PúPú era la decoración perfecta de la tienda y Trapitos era la modelo oficial del negocio.

Por eso, si algún día vas de paseo por el barrio de Carolina, no dejes de ir a la tienda más famosa y visitada del lugar: Boutique Trapitos.



La bolsita de papel y el tarro de jugo

Cierto día, una bolsita de papel deambulaba tristemente por las calles, sin encontrar dueño ni destino.

En su caminar, se preguntaba el por qué de su abandono,

- Yo soy una bolsita muy útil, se decía así misma, no comprendo por qué me dejaron tirada. Puedo servir para guardar muchas cosas y podría ser amiga de alguien.

Tras varias horas de caminar, la bolsa llegó hasta una escuela; sus ojitos brillaron de la emoción, ¡qué alegría!, se dijo, tal vez en este lugar, algún niño o niña me vea y decida llevarme a su casa, así, yo voy a poder serle útil y también voy a tener un nuevo amigo o amiga. Me quedará justamente en el portón, para estar más visible.

Dicho y hecho, la bolsita se colocó en el portón de la escuela, se arregló un poco para estar mejor presentada, pues había caminado mucho y estaba algo arrugada.

- ¡Hola!, ¿qué haces aquí parada?, le preguntó una tarro de jugo vacío que andaba por ahí.

- Estoy esperando a que salgan los niños de la escuela para ver si alguno de ellos me lleva a su casa, respondió la bolsita.

El tarro de jugo le preguntó de nuevo: ¿Y para qué quieres que un niño te lleve hasta su casa?

Ella respondió: Porque yo quiero ser útil, estoy cansada de caminar y caminar, también quiero tener un amigo nuevo porque me siento muy sola.

- Si quieres yo puedo ser tu amigo, al igual que tú, estoy solo.

La bolsita le sonrió y ambos se sentaron a conversar un rato mientras salían los niños.

Al cabo de unas horas, la campana de la escuela sonó y un terremoto de pasos, risas y gritos se desató por toda la escuela. Ahí vienen, exclamaron la bolsita y el tarro de jugo.

Ante el correr apresurado de los niños, la bolsita fue a dar al caño y el pobre tarro de jugo, salió volando por los aires, cual si fuera bola de fútbol.

Cuando todo aquel alboroto pasó, la bolsita se sentó muy triste en la acera y exclamó:

- Yo tenía la esperanza de que algún niño me llevara a su casa.

- Al menos no te patearon como a mí, expresó el tarro un poco adolorido.

- Me mojé un poquito nada más, dijo la bolsa.

Mientras ambos se lamentaban por su fallido intento de encontrar nuevos amigos, una niña que iba saliendo de la escuela, al ver a la bolsa y al tarro tirados en la acera exclamó: ¡Genial!, los materiales que necesito para mi tarea. Tomó a la bolsita y al tarro y los guardó en su bulto.

Al llegar a su destino, la niña sacó los materiales de su bulto y empezó a trabajar en su tarea. Puso a la bolsita de papel y al tarro de jugo sobre su escritorio, los observó durante un rato y dijo:

- Ya sé qué voy a hacer con ellos.

Sacó unas cuantas revistas, goma, tijeras, retazos de tela, pedacitos de lana y empezó a recortar. En un dos por tres, la bolsita estaba convertida en un hermoso títere de mano.

El tarro pasó de ser un simple envase vacío, a todo un portalápices ¡Qué guapos se veían los dos! La bolsita meneaba su cabeza para sacudir su larga cabellera de lana, mientras el tarro, lucía muy elegante con su nueva apariencia.

Al día siguiente, ambos fueron a la escuela, la maestra felicitó a la niña por su ingenio y por su creatividad. La bolsita encontró muchas amigas al igual que el tarro. A ella la pusieron en un rincón muy especial en donde habían otras bolsitas de papel como ella, con las que jugaban alegremente los niños y las niñas de la clase. Y al tarro de jugo, lo colocaron nada más y nada menos que en el escritorio de la maestra, en donde rapidito hizo amistad con los lápices que se perdían de las cartucheras.

La bolsita de papel y el tarrito de jugo se sentían muy felices porque ahora se sabían útiles de nuevo y además, porque encontraron una manera muy divertida y casual de hacer nuevos amigos.



Sobre las autoras

Marilyn Echeverría de Sauter (seudónimo Lara Ríos).

MI seudónimo es Lara Ríos pero mi verdadero nombre es Marilyn Echeverría Zúcher. Soy casada y tengo cuatro hijos y doce nietos. Nací el 9 de abril de 1934 y soy costarricense. Hice mis estudios primarios en la Escuela República del Perú y los secundarios en el Colegio Nuestra Señora de Sión. Soy autodidacta. No saqué una carrera profesional pero asistí a numerosos cursos, talleres, clases en la universidad, con afamados maestros de literatura, gramática y ortografía, estilo y redacción. Tengo 15 libros publicados y el último que está por salir, es un poemario para niños y se llama Chispas y caracoles. También he escrito varios cuentos que están en diferentes antologías. Los libros más populares son Pantalones cortos, Verano de colores y Pantalones largos. También MO, que es la historia de una niña cabécar y que está traducido al tailandés. También está La música de Paul que está traducido al francés, al inglés, al alemán y próximamente al chino. Las aventuras de Dora, la lora y Chico, perico son cuentos basados en niños con alguna discapacidad.

He recibido varios premios: Por Algodón de azúcar, que es un poemario para niños, recibí el Premio Carmen Lyra en el año 1975. Entré a la Lista de Honor de IBBY (International Board of Books for Young People) en 1992 por el libro MO. Aquí fue premiado el texto y la ilustración. Y en el año 2002 recibí el Premio Aquileo J. Echeverría en la rama de Cuento, por el libro La música de Paul.

Actualmente soy miembro de la Academia Costarricense de la Lengua

Gloria Macaya de Lehmann

La escritora e ilustradora, costarricense Gloria Macaya, mujer símbolo del interés, del amor por los niños y los motivos de la literatura infantil costarricense, aunque dedica muchas horas a sus proyectos literarios, también es una mujer dedicada a los quehaceres de su finca. Podemos apreciar no sólo a una excelente autora, sino que también a una ilustradora de grandes méritos. Ha publicado la trilogía de “Las Travesuras de Enriqueta Cayetana”. Los tres libros son de mucho valor, ya que esta niña, además de ser traviesa y desobediente, siempre pide perdón y promete no hacerlo de nuevo. Es coautora de libros preescolares. Para el programa Robin Books participó en conjunto con varios escritores de literatura infantil, con cuentos en diversos libros. La Biblioteca de la Escuela Manuel María Gutiérrez lleva su nombre, por lo que trabaja con los niños en 2 programas, “Leer es divertido” y “Escribir es divertido”. Sus últimos libros publicados son: “Julián y el Ogro” y “Juana Pereira” y el cuento “Murci” que viajó hasta Israel y fue traducido al hebreo.

Floria Jiménez Díaz

Floria Jiménez Díaz es costarricense. Es licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Es Catedrática de esa casa de estudios y fue candidata para Profesora Emérita. En el 2009 recibe el Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix por la Universidad Católica de Costa Rica.

Es autora de 23 libros de literatura infantil. Obtuvo en 1978 el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría. En 1980 obtuvo el Premio Alfonsina Storni de poesía en Argentina y en 1995 Mención de Honor del ILIJ y la IBBY. Tres veces ha sido merecedora del Premio Carmen Lyra de la Editorial Costa Rica y su libro Tres cocodrilas del cocodrilar fue incluido en el 2006 en la colección de lecturas obligatorias de nivel preescolar por la Secretaría de Educación Pública de México. La Universidad Católica de Costa Rica le otorgó el Doctorado Honoris Causa Litterarum Cultrix en el 2009.

Ani Brenes Herrera

Ani Brenes, escritora de literatura Infantil, abuela y maestra alajuelense, quien busca por medio de la palabra despertar la sensibilidad de los más pequeños con sus cuentos y poesías. Y hacer soñar a los más grandes en aquellas horas felices de la infancia, que la prisa cotidiana se encargó de esconder.

Entre sus publicaciones, figuran entre otros: Al Maestro con cariño, Cuentos con Alas y Luz, Preguntas Mágicas, Navidad en la Huerta, La risa de los niños, Bienaventuranzas de la Naturaleza, Los Sabios de Papel, Escalera a los Sueños.

Colabora en periódicos y revistas de Educación y Cultura e imparte charlas y talleres de Literatura para niños, docentes y estudiantes universitarios dentro y fuera del país.

Irene Castro Meléndez

Nació en San José, Costa Rica. Desde muy niña se enamoró de la Literatura Infantil Universal y costarricense, gracias a su avidez por la lectura. Sus estudios superiores los cursó en la Universidad Internacional de las Américas, en donde obtuvo el título académico de Licenciada en Educación Preescolar con énfasis en Orientación Infantil. La Universidad, le permitió con la presentación de su Tesis de Grado, escribir sus primeros cuentos, bajo la tutela de la reconocida escritora nacional, Clara Amelia Acuña de Sojo, que en paz descance. Trabajó durante nueve años consecutivos como Profesora Universitaria, en diversos centros de enseñanza, allí entre cursos, experiencias, Tesis y Tesinas, creó una metodología de enseñanza artística, en la cual, las artes en general, son el eje central de su proceso de formación. Dicha metodología la ha aplicado también en las diferentes instituciones educativas en donde ha trabajado.

Con respecto a su especialidad en Literatura Infantil, cabe mencionar que Irene en el año 2008, publicó su primer libro de cuentos llamado 1,2,3... Había una vez, con la Editorial EUNED. Con esta misma Editorial, publica en el 2010 su segundo libro titulado el Reino de la Paz y en el 2011 su tercer libro, Malabares, forma parte de la lista de publicaciones de esta autora. Ha participado también, en la serie de cuentos infantiles, Cuánto Cuentos Cuentas Tú, segunda y tercer edición de la Editorial Sherwood.

Escritora, Cuenta Cuentos, tallerista y docente, Irene, se dedica actualmente a desarrollar su Programa educativo y literario Un Cuento Para Ti, cuyo objetivo principal es el fomento a la lectura mediante actividades literarias. Dicho Programa cuenta con una página oficial www.uncuentoparaticr.com, en la que se estimula a los niños y las niñas a escribir y se escriben artículos de interés literario.

Irene se auto declara como una docente de vocación y una escritora de corazón. Es sin duda alguna, una fusión perfecta entre la enseñanza y la literatura que ha sabido mezclar mágicamente para formar con alegría e imaginación a quienes deseen explorar el libro de la vida.

Liana Fournier De Serres

Nace en Uruguay y comienza desde los cinco años su carrera musical como pianista. A la edad de ocho, hace su primera presentación en público y comienza también su pasión por la lectura. En el año dos mil cuatro, obtuvo un premio literario en México, en un concurso de cuentos presidido por la gran escritora Elena Poniatovska.

Cursó Talleres de Narrativa con los escritores: Eloi Yague, ganador del Premio Juan Rulfo al mejor relato Policial en París, Francia. Armando José Sequera; Narrativa Infantil, ganador de quince premios literarios, entre ellos: Ibbby en Basilea, Suiza. Napoleón Baccino, ganador del Premio Casa de Las Américas.

En La Escuela de Escritores de Madrid, realizó Estudios Avanzados de Literatura Infantil; Microrelatos; Periodismo; Literatura Erótica.

En el año dos mil nueve, comienza a colaborar en el periódico La Nación, de Costa Rica, en Opinión, Sección Cultura. Su primer trabajo fue una crítica al libro “Brigada Antiesperanza”, del periodista y filósofo Víctor Flury.

En el mismo año obtuvo un premio de Literatura Infantil en Costa Rica organizado por Technispot. Hubo dos jurados; uno de escritores y otro de niños: ganó en las dos categorías.

En el año dos mil once fueron publicados en Madrid, sus Microrelatos “Letras de Sirenas”, en el libro español, de varios autores: Al encuentro de todo, prólogo del escritor Ángel Zapata

Paralelamente a su creación literaria, es pianista. En el año dos mil once, ganó dos concursos: uno para el Carnegie Hall de Nueva York, y el otro en el Teatro Nacional de Costa Rica. Se presentó al primero, en mayo del mismo año y en agosto, al segundo. Fueron precedidos de gran éxito.



